

que fué mal hijo de María, que su exclusion supone siempre el escándalo, ó al menos que la accion fué suficiente para que lo hubiera. Conviene, pues, un cambio tanto mas completo, que prácticamente en adelante edifique el que escandalizaba; que no haya en él la ligereza en su porte, ni el orgullo en sus palabras, ni el espíritu de insubordinacion en sus hechos, ni las amistades particulares que tienden á ser peligrosas, ni las conversaciones inútiles; y que haya en él aquel porte que edifica, aquella palabra que conduce á Dios, y aquella accion que es la hija predilecta de los que ponen en práctica el consejo ya dicho del Salvador: *Sic luceat lux vestra. . . .*

Sexto medio. *Combatir los defectos.* Ello es cierto, que con la confesion general bien hecha, con la sagrada comunión bien recibida, con la piedad en la práctica, y con el espíritu de edificacion en la observancia del reglamento, se pone un jóven en el camino de ser un fervoroso hijo de María; pero es necesario que muestre prácticamente que así lo hace, combatiendo sus defectos, ya que está escrito que el que teme al Señor todo lo emprende por agradarle: *Qui timet Deum nihil negligit.* ¡Cuántos defectos, Dios mio! ¡cuántos defectos que lo hacen ante Dios mas ó menos culpable! Es, pues, indispensable no dar tregua á ellos, ponerse en estado de seguridad moral.

• Concluiremos los medios diciendo: Que el tra-

bajo y la piedad son las dos alas que nos aseguran el místico vuelo de la perfeccion y nos conducen hasta el cielo. Con ellas aseguramos quitar de nosotros todo defecto, al paso que si falta una sola todo está perdido. No olvidemos que al piadoso le ha dicho san Jerónimo: *Ama scientiam, et vitia non amabis;* y añadiendo á esto la buena confesion y comunión, el espíritu de edificacion y el combate de los propios defectos, podemos asegurar que el que antes era mal hijo de María, con el tiempo será bueno y fervoroso.

CAPITULO II.

UN HIJO DE MARÍA TIBIO.

1.º Diferencia entre el hijo de María malo y el tibio.

Aunque no ha sido necesario explicar claramente cuándo un hijo de María es malo; si creemos necesario determinar bien el tibio, ya que en el exterior ambos se parecen y ya tambien porque el tibio está en camino de ser malo, puesto que es una verdad innegable que la verdadera tibieza conduce á la relajacion. Es cierto que el primero es mas culpable ante Dios, porque privado de la gracia es como un cadáver en estado de putrefaccion; pero tambien es

cierto que ante los hombres son casi los dos lo mismo, porque es tanto lo que se asemejan en lo exterior que casi se identifican. En suma, si el primero comete el pecado mortal y por esto es mal hijo de María, el segundo comete el pecado venial, cometiéndolo con la facilidad y frecuencia que constituye el estado de tibieza.

El tibio es el joven desgraciado que de tal suerte provoca á Dios á vómito, que como cosa la mas desagradable quiere vomitarle de su sagrada boca, *incipiam te evomere ex ore meo quia tepidus es*. El falta y falta á todo, falta sin hacer caso, falta con frecuencia, facilidad y voluntad; falta siguiendo sus pasiones, falta de pensamiento, palabra, obra y omision, y falta siempre que no vea con claridad que se trata de cometer un pecado mortal.

Un hijo de María que así obre es lo que llamamos un hijo de María tibio, y cuyos caracteres vamos á determinar, para que cada uno se mire en él como en un espejo, y huya de ese estado que al paso que es peligroso por estar en camino de ser un hijo malo de María, es tambien un estado tristísimo por castigarlo Dios aun en este mundo con la tibieza misma.

2º *Diversos caracteres del tibio.*

Señalar todos los caracteres del tibio, seria verdaderamente un nunca acabar, por esto patentizaremos tan solo algunos de los mas prin-

cipales, y con ellos podrá concluirse muy bien de los demas.

Caractères contra la caridad.—El tibio ama al prójimo, pues no puede menos de reconocer el mandamiento del Señor. Ve por tanto en sus compañeros y aun en las demas personas de afuera otros tantos prójimos, y tal vez ha meditado no pocas veces en la parábola del fariseo y del publicano del Evangelio, y huye con todas sus fuerzas de la maledicencia, de la calumnia y de la venganza en materia grave. Pero sentado este principio se permite muchas faltas de caridad que son frecuentemente pecados veniales; y de ahí sus maledicencias ligeras, sus murmuraciones, críticas y complacencias en las humillaciones del prójimo, ciertos planes mas ó menos contrarios á la caridad cristiana, ciertos puntos de resentimiento y venganza, y el no cumplir los actos de caridad que no pueden hallarse separados de una vida fervorosa que tanto nos recomiendan los santos. ¿Cómo semejante joven podria jamas agradar á Dios? ¿cómo el que así obra podrá nunca formar parte de unos jóvenes escogidos para el santo sacerdocio? El ejercicio del ministerio se funda en la caridad fraterna, que es la plenitud de la ley, como dice san Pablo; y evidentemente que el que de joven así falta á ella no la practicará despues, y jamas será un buen sacerdote.

Caractères contra la dulzura.—La virtud de la dulzura es en un Clerical como una mística

azúcar que sazona todos los genios; es la práctica admirable de la mansedumbre que gana los corazones, ya que según la expresión de Jesucristo son los mansos los que poseen la tierra. Es verdad que el tibio no se permite de aquellas cóleras violentas que casi enferman, que quitan en ciertos momentos el uso de la razón, y que mudando la faz del rostro lo trasforma de una manera horrible; pero ¿cuántas vivacidades de momento que desedifican? ¿cuántas discusiones con una animación violenta y orgullosa? ¿cuántas que hieren al prójimo hasta el fondo del corazón? y ¿cuánta la amargura con la que acompaña y sazona ciertas conversaciones? Esa conducta mancha su conciencia con faltas innumerables, de las que no se corrige tal vez, ni siquiera las confiesa, y por ventura no hace atención á su enmienda: tan notable es el segundo carácter del tibio.

Carácter contra la humildad.—El tibio reconoce que la humildad es una virtud necesaria para la salvación, porque el mismo Señor que bendice á los humildes rechaza á los soberbios y orgullosos. Como el tibio no quiere pecar mortalmente, procura conservar la humildad necesaria, no menosprecia formalmente á persona alguna, ni tampoco niega haber recibido de Dios todo cuanto tiene. Pero esto sentado, barrena los sentimientos de la humildad, admite pensamientos de propio honor, se complace en sí mismo, da á conocer sin necesidad ni utilidad sus

producciones, rechaza como no merecidos los trabajos que se le presentan, admite deseos de alabanza, con cierto artificio procura los elogios en los que se pavonea, y muchas acciones santas en sí mismas las envenena con su vanidad.

¡Dios mio, cuántas miserias y cuántas faltas que verdaderamente te ofenden! Y siendo una verdad de fe que Dios que mira á los humildes, resiste á los soberbios, hemos de concluir con toda certidumbre que los pobres tibios ellos mismos se agotan la fuente de la gracia.

Carácter contra la mortificación.—Por su carácter contra la mortificación, si es cierto que el tibio no se permite una sensualidad grosera ni una intemperancia tan notable que dañe su salud á todas luces, ni una cosa semejante contra los ayunos mandados por la Iglesia, también lo es que siendo libre de semejantes desórdenes se disgusta de la penitencia, procura en la comida la satisfacción del gusto, da á sus sentidos completa libertad en todo lo que no es completamente malo, y se deja arrastrar con frecuencia de sus pasiones y sobre todo del juego. No procura mortificar su carne con sus concupiscencias, nada tiene del fervor de los siervos de Dios; en suma, no es santo. El clama contra la mortificación exterior casi como inútil, él asegura que todo está en la mortificación interior, y ello es cierto que no poseyendo aquella, mucho menos podría ser el poseedor de esta. Es, por tanto, un

inmortificado, y si no es escandaloso poco le falta.

Carácter contra la castidad.—La castidad, que debe ser por antonomasia la virtud querida de un hijo de María fervoroso, es tratada por el tibio como cosa de poca monta, aunque en realidad no la desprecia del todo. El teme en esta materia todo lo que los teólogos llaman pecado mortal, y si bien es verdad que tiene la determinación fija de no llegar á él, también lo es que en cierto modo se expone. ¡Cuántas reflexiones inútiles! ¡cuántas palabras ligeras! ¡cuántos equívocos sencillos! ¡cuántas miradas curiosas! Añádase á esto cierto deseo de conversar con ciertas personas, de tener algunas lecturas. . . . y mil otras cosas que sin llegar á la gravedad del pecado mortal no pueden excusarse de pecados veniales, que todos los santos han huido, y que debían ser huidos de un joven que desea ser sacerdote.

Carácter contra el estudio.—No es el estudio la ocupación favorita de los tibios; y si podemos afirmar que pierden mucho tiempo. El tibio no se instruye como podría y debe, no examina á fondo las materias que jamás se saben bastante, no repasa lo que en otros tiempos aprendió, no tiene conocimiento de ciertas dificultades cuya solución científica le serviría en gran manera para la práctica, mira como pequeñas el conocer la perfección de las cosas, y se expone á hacer á su tiempo grandes disparates.

Como no estudia, ¿qué es lo que hace? Abre libros que no son los mejores ó habla con quien no debiera; de lo cual resulta en ambos casos muchas faltas y mas ocasiones todavía de pecados veniales. ¿Cómo semejante joven podrá ser querido de la santísima Virgen María? ¿cómo con semejante vida podrá asegurarse que se prepara para el sacerdocio? Las consecuencias de ella son con frecuencia una miserable caída, que precipita hasta el fondo de la miseria; y entonces su vocación, como avergonzada de residir en semejante alma, huye despavorida y precipitada, no queriendo habitar con quien la trata tan mal.

Carácter contra la piedad.—Donde la tibieza marca mejor sus huellas es en los ejercicios de piedad, pudiéndose decir en cierto modo que si es tibio es por no haber sido piadoso. Como el tibio vive por su culpa en un estado continuo de resistencia á la gracia de Dios, resulta que este Dios amoroso no le comunica ni una sola de las bendiciones especiales con las que enriquece á los fervorosos, que son en cierto modo como sus hijos mimados. Pero individualicemos mejor el estado de tibio. Su oración la acorta con mas ó menos frecuencia, y casi nunca la alarga; su postura indolente, sus miradas curiosas y sus repetidos movimientos manifiestan que no es Dios el que ocupa agradablemente su corazón. Durante su oración no tiene señales de fervor, no se le escapan los suspiros de su corazón, ni

su voluntad se fija en una resolución firme, sincera y eficaz; y tan solo se observa á veces cierta rutina en el obrar que le hace perder el mayor fruto. Sus otros ejercicios de piedad resintiéndose de la misma tibieza, le producen el efecto de la oración tibia y van acompañados de cierta maligna esterilidad. Las confesiones son como arrastradas por la misma corriente, con la diferencia que le producen cierta tranquilidad fatal, por no ver en su conciencia ciertos desarreglos que ha podido ver en un hijo malo de María, ó que él mismo quizá en otros tiempos ha tenido que llorar; mas como no tiene contrición, y su propósito no se extiende á lo que confiesa, resulta que el sacramento de la penitencia, que desarrolla admirablemente la piedad, en él no produce tan sagrado efecto. La comunión, cuyo fruto directo es ser todos los días mas fervoroso y sacar de tan divina fuente nuevas gracias de amor, es para el tibio un bocado sin efecto. Aquí es donde el divino Salvador sumamente resentido de tanto desprecio le dice: *Utinam calidus esses; sed quia tepidus es, incipiam te evomere ex ore meo!* Y con razón, porque Jesucristo en la eucaristía viene todo amoroso, con inmensa ternura, todo lleno de gracias y deseando comunicarlas al alma que lo recibe con las debidas disposiciones. ¡Oh Salvador! ¡oh qué pérdidas! ¡qué pérdidas tan grandes las del tibio!

3º. POR QUÉ HEMOS DE TRABAJAR PARA SALIR
DEL ESTADO DE TIBIEZA.

Con los caracteres que acabamos de presentar hemos retratado con toda exactitud á un hijo de María tibio; y nada mas justo que decir aunque sean cuatro palabras no mas, sobre la importancia y conveniencia de salir de la tibieza. El tibio es aquel desgraciado que no obstante de ser hijo de María deja pasar los días preciosos del seminario como perdidos, perdiendo además gracias tan propias como eficaces, y despreciando los buenos y muy edificantes ejemplos de sus compañeros, acaba con querer vivir tranquilo en los brazos nauseabundos de la tibieza misma. El tibio ha abusado tanto de la divina gracia, que se atreve á vivir con cierta apariencia de tranquilidad en la horrorosa relajación; vida peligrosísima, porque siendo un estado de pecado venial voluntario, puede arrastrar al horrible abismo del pecado mortal. El tibio vive en un estado de tristeza muy grande, porque Dios lo castiga aun en este mundo con los míseros resultados de la tibieza misma; y estado que al paso que desedifica á los demás puede ser para él mismo de eterna ruina. ¿Qué hacer de un tibio? ¿qué hacer de un hijo de María que se ha relajado del fervor? ¿cómo determinar si tiene ó no tiene vocación? ¿cómo afirmar que puede ingresar en el santuario? ¿cómo asegurarle que puede seguir adelante las sagra-

das órdenes sin detenerse? No, no es muerto por el pecado mortal, pero es un moribundo por sus muchos pecados veniales: no es muerto porque ya sea malo, pero está gravemente herido por su apatía para todo lo bueno, por su indiferencia para lo fervoroso y ademas es el enemigo del trabajo y el violador del reglamento. Convenimos en que el tibio no es muerto por el pecado mortal; pero tambien debe convenirse en que si no tiene grandes vicios tiene mil miserias en sí mismo, y mil desedicaciones en la práctica, por carecer de positivas virtudes que debieran caracterizarle. Y ¿quién no ve en el tibio una amalgama informe de cualidades muy dudosas, así como de hechos reales é indestructibles que no provienen ciertamente de la virtud?

El tibio en fin es un hijo de María que en lugar de ser virtuoso flota perpetuamente entre la vida y la muerte espiritual; entre la luz de la virtud y las tinieblas del vicio. Ahora bien, ¿qué es un jóven semejante? ¿para qué es bueno en la casa de Dios? ¿qué garantía para el Clerical? ¿qué confianza puede inspirar jamas á los superiores? ¿qué edificacion podrá dar á sus condiscípulos? El tibio jamas será útil á los fieles, jamas será el honor de la Iglesia y jamas con sus obras glorificará á Dios. Tanto, tanto es lo que importa salir de la tibieza.

4º *San Ignacio de Loyola.* Ignacio, español de nacion, nació en la Cantabria, y despues de haber servido por mucho tiempo al rey en el

estruendo de las armas, habiendo sido herido en el asalto de Pamplona, fué conducido al hospital, y en su convalecencia se convirtió, despues de haberle cabido en suerte una lectura piadosa.

Salido del hospital parte á Monserrate, y despues de mucha oracion quedó tan devoto hijo de María que allí mismo dejó el mundo, colgó sus armas al altar de María, dió su buen vestido á un pobre, y cubierto con sus andrajos partió á Manresa, donde despues de haberse sustentado con la pública limosna se encerró en la cueva, se dió á la oracion. se abrazó con la mortificacion, y la Virgen lo trató con tanto regalo, que hizo que recibiera tales luces del cielo, que compuso su libro de ejercicios. ¡Estaba pronto á dar su fe por Jesucristo, aunque no hubiesen existido las sagradas Escrituras!

Para poder ser útil á sus semejantes mediante los sagrados órdenes, se puso á estudiar los rudimentos de la gramática latina, no obstante su avanzada edad, teniendo que sufrir no pocos desprecios y burlas de jóvenes mal educados, así como de otras personas que no conocian su espíritu. En esta época de su vida tuvo mucho que sufrir, pero Ignacio, con un ánimo siempre robusto, siguió adelante en su gran pensamiento, no teniendo otros deseos que los de agradar á Jesucristo.

En la Universidad de Paris ocupó muy pronto un lugar distinguido, y habiéndosele unido

nueve compañeros de aquella facultad que pertenecian á diferentes naciones, puso con ellos los fundamentos de la religion tan bien conocida con el nombre de la Compañía de Jesus. A los tres votos ordinarios añadió el cuarto voto de obedecer al romano pontífice, yendo á las misiones que le señalase. Paulo III aprobó la Compañía, y en los dias del concilio de Trento pudo presentar grandes hombres en él.

Ignacio fué dado al mundo para producir bienes innumerables; así como Lutero en la Alemania trataba de acabar con la Iglesia. Ignacio trabajó con su Compañía para procurar el debido aseo en la casa del Señor, enseñar el catecismo, predicar las grandes verdades de la religion, facilitar la frecuencia de los sacramentos, y por medio de los colegios educar la juventud. En suma, Ignacio todos los dias mas de Dios, deseaba vivir para ganar mas almas á Jesucristo, para seguir obrando á su mayor honra y gloria, y el cielo lo llenó de sus gracias acabando su vida en Dios. Gregorio V lo canonizó merced á sus méritos, extraordinarias virtudes y grandes milagros aun despues de su muerte. Esta vida ha de hacernos concluir que el hijo de María tibio, aunque haya llegado al mayor grado de tibieza, puede salir de él, cumpliendo los medios siguientes que son los mas convenientes y poderosos.

5.º *Medios para salir de la tibieza.*—El estado de tibieza para un hijo de María, aunque

muy peligroso en sí mismo y digno de ser llorado con lágrimas de sangre, con todo tiene remedio aplicando los medios siguientes:

1.º *Reflexionar sobre la misma tibieza*—Ella pone al tibio en tal disposicion, que hace á Dios que lo mire como lo mas fastidioso, que él mismo se llene de las mas lamentables miserias y que poco á poco se ponga en camino de eterna muerte: *Deo vomitum provocat, res plena miseriæ inferno proxima.* Una pequeña meditacion sobre la sentencia que acabamos de decir es suficiente para entrar en el camino fervoroso. Si soy tibio estoy en camino del infierno, mis miserias espirituales se aumentarán y seré vomitado de Dios: si continúo tibio me expongo á perder mi vocacion, porque con cada acto de tibieza abuso mas ó menos de ciertas gracias que no volverán: con la tibieza contraeré pronto el hábito de relajacion cuyas consecuencias pueden costarme una eternidad desventurada, mi alma se irá haciendo todos los dias mas y mas débil para el bien, seguiré escandalizando á mis compañeros, me haré reo de nuevas trasgresiones, endureceré mi alma con los malos hábitos, crecerá en mí el disgusto de las cosas de Dios, y me expondré al fin desastroso de una eterna condenacion. Debo meditar ademas, que si ahora no me enmiendo, tal vez despues no podré enmendarme; vendrá el tiempo de la sagrada ordenacion sin estar dispuesto; y por consiguiente, que en cada sa-

grado orden me haré mas tibio, pondré un nuevo obstáculo al Espíritu Santo, no tendré las ayudas extraordinarias que ellos suponen, y sin esos socorros, ¿qué seré? Seré un tibio en el sagrado ejercicio del ministerio, y tibio en la misa, tibio en la predicacion, tibio en la administracion de los sacramentos, no salvaré la mitad de las almas que hubiera salvado con el fervor, y tal vez me perderé á mí mismo.

2º *Descubrir al confesor mi estado.*—Aunque es cierto que el confesor es el primero que conoce la tibieza del alma, con todo, es necesario poner en práctica el medio de descubrísela voluntariamente diciéndole: Padre mio, hace tanto tiempo que á mi parecer vivo en la tibieza; he reflexionado sobre ella, así como sobre sus horribles efectos, y estoy tan horrorizado que deseo salir á todo trance de ella, aunque sea necesario imponerme algunos sacrificios. Hecha la confesion con el debido dolor, no solo de las faltas sino principalmente de las causas que las han motivado, pase á hacer una comunicacion explicando por menudo las causas principales, y tome la enmienda de una de ellas, haciendo sobre dicho punto el exámen de la conciencia: con esta conducta quitará la tibieza de su corazon, ya que como asegura Kempis, *enmendándonos cada año de un solo vicio, pronto seremos perfectos*; pues que repeliendo á uno bien, es con toda verdad comenzar á repelerlos todos. Para hacer el exámen particu-

lar mas fructuoso, debe ir acompañado de una pequeña penitencia, todas las veces que voluntariamente cometiéremos la misma falta, así como de una accion de gracias por cada victoria.

3º *Jamas cometer un pecado con deliberacion, por pequeño que sea.*—El medio de no cometer jamas pecado alguno á sabiendas es tan necesario, que podemos decir que sin él nada aprovecharán los demas; porque así como el hijo malo de María es malo por sus pecados mortales, así el hijo de María tibio es tibio por sus pecados veniales. Pero debemos advertir que no constituye el estado de la tibieza uno que otro pecado venial; sino la frecuencia en cometerlos, el cometerlos á sabiendas y con reflexion, y aun como buscando las ocasiones. Por otra parte, ¿qué es un pecado venial, aun el mas pequeño? ¡Oh! basta decir que es un pecado, para conocer cuánto tienen de horrible aun los mas veniales. ¿Hasta cuándo seremos ingratos á Dios? Acordémonos que si el pecado venial no mata al alma quitándole la vida de la gracia, al menos es una injuria que se hace á Jesucristo (así como en cierto modo es la renovacion de su pasion): y acordémonos que el pecado venial, tarde ó temprano es la ruina del que lo comete; porque disgusta á Dios, disminuye las gracias del cielo, disminuye las luces divinas para la recta operacion, disminuye los consuelos celestiales, disminuye el atractivo de los ejercicios de piedad,

disminuye el mérito de nuestras obras, disminuye nuestro valor en las batallas que hemos de librar contra nuestros enemigos; y por decirlo de una vez, del pecado venial proviene el mortal, y la eterna condenacion.

4º *El aumento de la piedad.*—El cuarto medio para salir de la tibieza es el aumento de la piedad; y conviene notar aquí que siempre será un tibio el que no procure aumentarla. Para esto es necesario hacer los actos de piedad establecidos en el Clerical, y hacerlos de modo que no se deje de hacer uno solo, y hacerlos de manera que tome el corazon la parte que le corresponde. Aumentar los actos de piedad, y no disminuirlos es lo que constituye la vida fervorosa. ¿Está uno haciendo oracion? Pues no dejarla, hacerla toda, continuarla con mas fervor no obstante los gritos de la naturaleza y las tentaciones del demonio. ¿La oracion nos fatiga? Aunque así sea, adelante: aunque nos fatigue, adelante; aunque nos parezca larga y muy penosa, adelante; aunque nos sintamos sin movimientos de fervor, adelante; y adelante siempre, aunque el tiempo de la oracion se convierta en tiempo de tentacion; ya que no está el pecado en la tentacion, sino en consentirla. Conviene en estos casos servirse de jaculatorias fervorosas: *Sana animam meam, Domine. . . Domine, doce me orare*, y muchas otras que el Espíritu Santo inspira en semejantes ocasiones. Haciendo la oracion como decimos, renovando la

intencion de hacerla bien, rechazando las distracciones á medida que se presenten, y gimiendo sobre una miseria que es el triste resultado de su pasada tibieza, hará ciertamente una oracion muy buena ante Dios, y meritoria para sí mismo. Lo que decimos de la oracion debe entenderse de los demas ejercicios de piedad. A lo dicho debe añadirse el procurar formar parte de todos los actos en los que se hace algo de supererogacion; ya que si ellos no son del todo necesarios son al menos otros medios para adquirir el fervor.

5º *La pureza de intencion*—No siempre podemos estar orando, pero siempre podemos estar actos continuos contra la tibieza, por medio de la admirable virtud que apellidamos *Pureza de intencion*, y aun estamos por afirmar que mediante su dulce práctica, podemos llegar un dia á hacer frecuentes actos de fervor. Para esto en lugar de hacer las cosas maquinalmente, ó como por rutina ó costumbre, conviene en fuerza de la pureza de intencion sensibilizar el acto, elevar la obra hácia lo espiritual, hasta que por medio de la reflexion llegamos á hacer las cosas por Dios. ¡Qué medio tan fácil! ¡Cuán provechoso! y ¡Cuán grande es el consuelo de los que lo practican! Nos levantamos por la mañana, pero hagámoslo por Dios. Lo hacemos con las condiciones que marca el reglamento, pero practiquémoslas por Dios. Vamos á la oracion al toque de la campana, vayamos por Dios,

á fin de ofrecerle las primicias del día, y ofrecerle un corazón que lleve llamas de divino amor. . . . Lo que decimos del levantarse y de la oración, hemos de extenderlo á los demás actos de la vida, sin exceptuar la misma recreación, y aun las palabras que decimos ó dejamos de decir. Así desaparecerá la tibieza de nosotros y con el medio tan sencillo como dulcísimo de la pureza de intención, convertiremos en actos de fervor el trabajo y el descanso, la oración y el estudio, el sueño y la vigilia, el andar y el estar sentado y cuanto hiciéremos y cuanto dejáremos de hacer.

Los cinco medios que acabamos de dar son de tal naturaleza, que el que los practicare dejará de ser tibio, alcanzará la misericordia de Dios sobre sus tibiezas pasadas, se dirigirá dichosamente por el camino del fervor, y de hecho llegará un día á disfrutar de la paz verdadera, que es el amable distintivo de los fervientes hijos de María. *Qui has regulas secuti fuerit, pax super illum et misericordia.*

Convenimos en que no disfrutará desde luego la paz del justo, pues le suponemos muchas batallas, y aun caídas más ó menos leves; pero también debe convenirse en notar, que por el mismo acto de cometerlas menos, de resistirlas más, y sobre todo de sentir vivamente la caída. Todo esto indica el feliz ingreso en el fervor. ¡Oh inmaculada y divina María! tú que eres la madre de los fervorosos, dame el fervor, y des-

pues de haber llorado amargamente mis pasadas faltas, dame el fervor de un Ignacio de Loyola, que después de haber sido un tibio y aun un gran pecador, llegó á ser un fervoroso santo. Este es mi deseo: confirina, Madre mía, la resolución del más pobrecito de tus hijos, que te pide el fervor para poder amarte más y más, ahora en el tiempo y después en la eternidad de la gloria. Amen, Jesús.

CAPITULO III.

UN HIJO DE MARÍA BUENO.

1º *Palabras de Jesucristo.* — ¡Bendito sea Dios! que dejando aparte al miserable joven que por su pecado mortal ya no es hijo de María, y aun al pobrecito que por su tibieza llenó de aflicción á la Santísima Virgen, podemos dirigirnos al venturoso clérigo á quien llamamos *Hijo de María bueno*; y lo que es más, á quien podemos decir llenando su corazón de la satisfacción más pura: *Sé perfecto como tu Padre celestial es perfecto. Estote ergo vos perfecti, sicut et Pater vester celestis perfectus est.* ¿Qué haré para poder explicar lo que es un hijo de María bueno? El malo es el que tiene la conciencia como las tinieblas de una noche tenebrosa; el tibio como un nebuloso día del helado invierno, al paso que el hijo bueno la tie-